

La construcción de significado en la historia

by MIGUEL LEÓN-PORTILLA | Instituto de Investigaciones Históricas
Kalman Silvert Awardee for 2006 | portilla@servidor.unam.mx

[This is a transcript of the address prepared by Professor León Portilla for the Kalman Silvert Award Session at the XXVI International Congress of the Latin American Studies Association March 17, 2006, San Juan, Puerto Rico.]

Extraño sonará a algunos afirmar que el significado de un acontecer histórico es objeto de una construcción mental y no de un descubrimiento. Esto último—descubrir su significado—puede entenderse como el develamiento de algo que implícita o explícitamente pertenece al mismo acontecer. En cambio, hablar de construcción de significado lleva a suponer que el historiador, con los recursos testimoniales a su alcance, fabrica, por así decirlo, la significación que ha de atribuirse al acontecer en cuestión.

Develar un ser en sí, con un enfoque realista—como dirían algunos filósofos—es el de la primera hipótesis o sea que el significado pertenece o se deriva del mismo acontecer histórico. “Atribución” numérica—al modo kantiano—sería la otra hipótesis: que el significado del acontecer se construye a modo de esencia o meollo del mismo. Para explicitar lo que entiendo por construcción de significado en la historia—que obviamente guarda relación con lo que se entiende en general por “investigación histórica”—ahondaré más en el tema y lo ilustraré con algunos ejemplos.

La construcción de significado en la historia implica la integración de conceptos que dan a entender lo que ocurrió en un determinado tiempo y lugar con todas sus implicaciones, antecedentes, causas y consecuencias. Los conceptos que habrán de integrarse para obtener el significado de lo que ocurrió provendrán, implícita o explícitamente, de los documentos u otros géneros de testimonios localizados no en un solo repositorio o en otro determinado ámbito, sino que con frecuencia se encuentran dispersos en distintos lugares.

El historiador deberá buscarlos y reunirlos para integrarlos al fin en un todo coherente. El resultado—si se ha procedido con adecuado sentido crítico y detenimiento—será precisamente la construcción conceptual de lo ocurrido.

Ella incluirá cuantos elementos y aspectos se requieran para formarse una idea cabal que explique el meollo del acontecer en cuestión, así como sus interrelaciones con otros hechos que deban tomarse en cuenta. De ese modo se tendrá una realidad antes inexistente: la idea que muestra lo que realmente ocurrió. Esa idea, que no pre-existía, es precisamente el fruto de la construcción del significado de un acontecer. En ese sentido el historiador se constituye en inventor de significación.

Debo establecer ahora un primer distingo a propósito de los acontecimientos pretéritos. Puede decirse de ellos que los hay calificables de históricos por su relevancia y porque merecen ser recordados y valorados. Hay otros, en cambio, que aparecen como triviales, carentes de importancia y significación. Esta distinción que parece obvia, puede, sin embargo, ofrecer sorpresas, ya que en no pocos casos lo que en un principio aparece como trivial, en realidad puede estar relacionado con significaciones de considerable importancia.

Otro distingo, al que conviene atender, es el que puede describirse como de niveles diferentes de significación de los acontecimientos históricos. Un primer nivel, el más obvio, es perceptible casi sin mayor indagación. Un ejemplo lo ofrece una afirmación como esta: “la batalla de Hastings significó el inicio en Inglaterra de la penetración cultural y lingüística de los normandos latinizados, bajo las órdenes de Guillermo el Conquistador”. Otro ejemplo lo tenemos en la siguiente aseveración: “Miguel Hidalgo es héroe de la

independencia porque fue él quien comenzó la lucha de los insurgentes en México.”

Desde luego que estos ejemplos, en que se expresa un primer nivel de significación histórica, difieren mucho de otros en los que, para alcanzar una significación más plena y profunda, es necesario intentar lo que he descrito como una construcción de ella. En tales casos el historiador debe avanzar mucho más allá de lo que parece obvio. Entre otras cosas, esto exigirá ampliar el espectro temporal y espacial en el que debe ubicarse el acontecer en cuestión.

Ferdinand Braudel ha desarrollado su concepto de “la larga duración”, contrastándola con la del evento transitorio. Complemento de ello es su propuesta de la estructura en el acontecer histórico *versus* lo que se presenta como meramente coyuntural. Lo que propongo aquí se complementa, según veremos, con esta concepción histórica formulada por Braudel.

Trataré de iluminar con un ejemplo lo que entiendo por “construcción de significado en la historia”. Lo tomo de ese acontecer que se conoce como “el desembarco aliado en Normandía el día D, en 1944”. Recordarlo, y expresar acerca de él que marcó el principio de la derrota definitiva de los alemanes, es alcanzar un primer nivel de significación. Para lograr niveles más profundos es necesario, como ya lo insinué, ampliar virtualmente el espectro temporal y espacial en que cabe situar tal acontecer.

Diría que es menester proyectar hacia un pasado más grande y también hacia lo que fue el futuro del dicho acontecer, a la vez que ampliar el marco espacial en que puede situarse el desembarco. Cabe aquí la pregunta de si ¿hay que intentar entender ese acontecer a la luz de una larga duración? La respuesta a esta pregunta

LEÓN-PORTILLA continued...

habrá de derivarse de lo obtenido en el proceso mismo de construcción de significado de lo que ocurrió en Normandía en ese año de 1944.

Voy a recordar el tema del dicho desembarco relatando una experiencia personal. Estábamos mi mujer y yo en un pueblo de Francia allá en el mes de julio de 1969. Nos alojábamos en un pequeño hotel en el que se hallaba también una pareja de norteamericanos con los que en ocasiones conversábamos. Me enteré de que él era un veterano que había viajado a Francia para asistir a la conmemoración de los veinticinco años del desembarco en Normandía en que él había participado.

A mis preguntas sobre lo que entonces ocurrió respondía él con gran interés. Había partido en la flota combinada anglo-norteamericana que poco tiempo antes del desembarco había zarpado desde las costas de Inglaterra. Recordaba muy bien cómo en vehículos anfibios habían llegado a las playas de Normandía; cómo los protegía el fuego de los buques de guerra y cómo, a pesar de ello, muchos de los aliados cayeron abatidos por los disparos de las tropas alemanas que rechazaban el desembarco.

Dado que varias veces volvía sobre el tema, en una ocasión se me ocurrió preguntarle si conocía él cabalmente lo que fue en realidad esa batalla. Sorprendido, me respondió que si le estaba yo hablando en broma? ¿Cómo no lo voy a saber si yo estuve allí?

Le hice entonces una serie de preguntas: ¿Cuándo usted desembarcó en Normandía, conocía cómo los altos mandos inglés y norteamericano habían organizado esa operación? ¿Por qué escogieron esa fecha determinada? ¿Qué contactos tenían con los integrantes de la resistencia francesa en el continente? ¿De qué información

disponían, gracias a su servicio de espionaje, acerca de la resistencia que el ejército alemán iba a ofrecer al desembarco? ¿Conocía lo que el alto mando aliado sabía que podía ocurrir en otros frentes de la guerra y cómo podrían aprovechar los rusos la situación? ¿Cómo se reunieron pertrechos tan grandes para la operación? ¿Qué consecuencias inmediatas y a largo plazo se siguieron de ella? ¿En el más amplio contexto de la segunda guerra mundial qué significado tuvo realmente esa cruenta batalla?

Mi conocido norteamericano aceptó que no tenía respuestas precisas para la mayoría de tales preguntas. Suavizando el tono, tratando de ser amistoso, le dije entonces: Mire usted, para poder responder a todas estas preguntas, no basta desde luego haber participado en ese desembarco. Usted tuvo la vivencia de una parte de lo que entonces ocurrió pero el trasfondo de ello no estuvo a su alcance. Dado que en ese acontecer, de un modo o de otro se vieron envueltos Inglaterra, los Estados Unidos, la resistencia francesa, Alemania y hasta, indirectamente, Rusia, Italia y otros países, sólo accediendo a los archivos de todos ellos es posible formarse una idea cabal del mismo. Esa idea será resultado de una construcción del significado de ese episodio histórico.

Tal idea no se hallaba en las playas de Normandía ni en los archivos de uno solo de los participantes. Esa idea tan sólo resultaba alcanzable relacionando meticulosamente, como si fueran piezas de un rompecabezas, los diversos testimonios. Al irse integrando éstos, se iría construyendo el significado de lo que entonces ocurrió. Mi conocido norteamericano aceptó lo que le dije y me preguntó qué libro podía leer para conocer el significado histórico de lo que él había vivido.

Como puede constatar, el ámbito temporal y espacial en el que ha de situarse el acontecer conocido como “desembarco en Normandía el día D”, debe ampliarse para construir su significado histórico. En ese ámbito entran todos los protagonistas que he mencionado y asimismo otros. Me refiero a cuantos se vieron luego afectados por la victoria aliada. La duración histórica del acontecer rebasa así la que correspondió al mero desembarco.

En este punto puede plantearse la comprensión de ese suceso a la luz de la idea de la larga duración propuesta por Braudel. En un cierto sentido es pertinente acercarse a este acontecer dentro de una historia de larga duración, en cuanto que pertenece a la serie de enfrentamientos vividos en Europa en el mismo siglo XX (primera guerra mundial) y aún antes (guerra franco-prusiana). Esa larga duración, que incluso abarca siglos previos, parece haber terminado definitivamente con el nacimiento de la Unión Europea. Con ella no parece posible pensar en conflictos bélicos entre los países de Europa Occidental.

A la luz de ejemplos como éste podría pensarse que la Historia puede llegar a construir significados que, sin ella, serían inconcebibles. Quiero preguntarme ahora de nuevo en qué está la diferencia entre la idea de la construcción de significado en la historia y la de investigación sobre un determinado acontecer. Mi respuesta es que quien piensa que, atendiendo al acontecer, obtiene testimonios para forjar una interpretación de lo ocurrido, procede desde una perspectiva que cabe calificar de realismo un tanto ingenuo. Concibe al acontecer como portador de significado. En cambio, quien acepta la idea de la construcción de significado, reconoce que tal significación no existía sino que es fruto del esfuerzo del historiador. Reconoce, en

fin, que el historiador es constructor o creador de significaciones que iluminan el acontecer humano.

Lo expuesto parece apuntar a la grandeza del conocimiento histórico. Reconozco, sin embargo, que hay otros aspectos del mismo que pueden provocar ciertas formas de escepticismo. Se suelen derivar ellas de diversas circunstancias. Daré como ejemplo el de la interpretación de lo que motivó la guerra entre México y los Estados Unidos en 1847. No pocos historiadores norteamericanos han llegado a la siguiente construcción histórica de las causas de ese conflicto. Se fijan en el estado de extrema inestabilidad política que prevalecía en México, lo que no le permitía atender adecuadamente a la escasa población que habitaba en las vastas extensiones del norte del país, es decir a los habitantes de esas provincias (Texas, California, Nuevo México...)

Dichos habitantes se mostraban profundamente descontentos del gobierno central. La situación se agravó en el caso de Texas cuando se adoptó en México el régimen de república central. Esto fue una de las causas aducidas de su separatismo y determinación de anexarse a los Estados Unidos. Indicio del abandono en que tenía México a esos territorios es que poco antes de la guerra los mormones se internaron en el país, cruzando el paralelo 42, que delimitaba la frontera, y se establecieron junto al Lago Salado, donde se erigió más tarde Salt Lake City.

En tales circunstancias la joven república norteamericana, a la que llegaban de continuo cientos de miles de inmigrantes del norte de Europa, se consideró a sí misma predestinada para expandirse, incorporando a la civilización esas extensiones que aparecían como tierra de nadie. Resultaba claro que tal era su

destino manifiesto. La guerra con México, que se negó a la venta de tales territorios, quedó así justificada.

Radicalmente distinta es la construcción histórica del significado de la guerra contra los Estados Unidos forjada por los historiadores mexicanos. Para éstos, el hecho de que existiera un tratado de límites entre ambos países—la ratificación en 1832 del Tratado Adams Onís de 1819—obligaba a los Estados Unidos a reconocer que esos territorios eran posesión inviolable de México. Si este país se rehusaba a venderlos, ello en modo alguno justificaba una agresión.

Muchos historiadores mexicanos describen esa guerra como “intervención americana”. Aun cuando esta designación podría ser pertinente en el caso de Texas, no lo es en lo que concierne a la guerra con México. En vez de intervención, una construcción de significado histórico puede llevar a considerar la agresión norteamericana como una guerra de conquista.

Como puede verse, si es grandeza de la Historia la posibilidad de construir significado para los acontecidos históricos, es debilidad suya el que las construcciones puedan diferir tan radicalmente, como en el ejemplo aducido, debido a la circunstancia de las nacionalidades distintas de los historiadores. Mientras unos ofrecen una construcción defensiva, otros la forjan condenatoria. Esto sin duda contrasta con la posibilidad de la aducida grandeza de la Historia como generadora de significación donde no la había.

Me fijaré ahora en otro ejemplo: el del acontecer que se conoce como “conquista de México”. Hasta hace relativamente pocos años todos los historiadores que habían escrito acerca de ella habían tenido como fuentes primarias los testimonios aportados por conquistadores y cronistas

españoles. Ellos han sido las Cartas de relación de Hernán Cortés, incluyendo la del Cabildo de Veracruz, la Historia de Francisco López de Gómara, la de Bernal Díaz del Castillo y otros textos menores como el del fraile dominico Francisco de Aguilar y el del capitán Andrés de Tapia. Aprovechando algunas de las referidas obras, los cronistas Francisco Cervantes de Salazar, Antonio de Herrera y fray Juan de Torquemada se ocuparon también del mismo tema.

Ahora bien, al menos dos frailes franciscanos, Bernardino de Sahagún y Juan de Torquemada, notaron la existencia de testimonios en lengua náhuatl, aportados por indígenas que fueron testigos del enfrentamiento con los españoles. Sahagún recogió de labios indígenas el relato más extenso en náhuatl. Por su parte Torquemada ponderó en su *Monarquía Indiana* el interés de esos testimonios y los tomó en cuenta al escribir sobre la Conquista. Sin embargo, ni Sahagún ni Torquemada hicieron mención, ni menos aun citaron otros testimonios indígenas, también de gran interés, acerca del mismo acontecer. Me refiero a textos en náhuatl como los incluidos en los *Anales de Tlatelolco*, en varios antiguos cantares y en algunos códices indígenas.

Consecuencia de tal omisión, no sólo en el caso de cronistas novohispanos sino también de muchos historiadores de tiempos posteriores, fue que las investigaciones en torno a la conquista de México se basaran en puntos de vista unilaterales, es decir los asumidos por los conquistadores. Tan sólo hasta 1959, cuando publiqué la *Visión de los Vencidos*, quedó en claro que era posible hurgar en la perspectiva del Otro. Entre los que han acudido a ella—sin soslayar lo expresado por los españoles—sobresale Hugh Thomas con su *Historia de la Conquista de México*,

LEÓN-PORTILLA continued...

publicada originalmente en inglés en 1996.

La construcción del significado de lo que fue esta Conquista se ha vuelto así posible sobre una base más amplia y profunda. Ello ha implicado proyectar los acontecimientos sobre ámbitos temporales y espaciales más extensos, tanto respecto de la actuación de los españoles como de los indígenas. Con esos grandes conjuntos de noticias es como el historiador, cual si armara un rompecabezas de muchas piezas, intentará la construcción del significado de la Conquista de México.

Ahora bien, ya hemos visto que en su quehacer puede haber miseria derivada de diversos factores y circunstancias. En las construcciones del significado de la guerra entre México y los Estados Unidos el mero hecho de la nacionalidad del historiador ha conducido a concepciones antagónicas. En el caso de la conquista de México, es también verdad que lo referido por los cronistas indígenas difiere de lo asentado por los españoles. Pero además, tratándose ya de un historiador que atiende al mismo tema aprovechando antiguos testimonios, resulta cierto que, si no toma en cuenta algunos de ellos—bien sea los españoles o los indígenas—su construcción del significado de la conquista será incompleta y, por tanto, defectuosa.

Puede haber, desde luego, otros factores y circunstancias que vicien, por así decirlo, la construcción de significado en la historia. A modo de ejemplos mencionaré los siguientes: no distinguir en los testimonios allegados las mentalidades distintas en razón de los diferentes tiempos; no comprender adecuadamente determinadas expresiones, sobre todo cuando se transmitieron en otra lengua que la propia del historiador; arrogarse el papel de juez respecto de los acontecimientos y personas participantes en los acontecimientos en cuestión.

La lista puede alargarse y bastaría aquí hacer referencia a los manuales de metodología y crítica de la investigación histórica para hacer una más amplia enunciación de cuanto puede convertirse a la postre en causa de la miseria del quehacer histórico.

Éste se ve así en constante peligro de no lograr su cometido. El mismo no es sólo reconstruir los hechos en su mera manifestación temporal y espacial sino ensayar la construcción de su significado, incluyendo antecedentes y consecuencias. En contraparte, como ya lo he manifestado, el quehacer histórico en plenitud, puede dar lugar a diversas formas de grandeza. Esta dependerá sobre todo de haber armado cabalmente el rompecabezas de los acontecimientos y las ideas subyacentes hasta lograr una construcción que pueda situarse más allá de objeciones o contradicciones.

Si el historiador logra aportar lo que antes no existía, es decir la significación de acontecimientos pretéritos, su labor lo acercará a la que describen los teólogos cristianos como acción de Dios. No se halla éste en el ámbito de la Historia porque es un ser a-temporal, pero sí es él quien hace posible la historia y conoce los sentidos ocultos de cuanto ocurre. Y si diéramos entrada a las creencias providencialistas de la Historia, añadiríamos que Dios no sólo conoce los significados de ella sino que es él quien encamina y guía cuanto acontece. Nosotros los humanos participamos en incontables acontecimientos pero muchas veces desconocemos por qué y cómo ocurren y por qué estamos involucrados en ellos.

Afanándose, el historiador intenta construir, sobre una base amplia y profunda, respuestas que sean fuente de significación. Sólo el tiempo, cual supremo juez, dejará ver cuáles de esos intentos han sido fallidos y cuáles, al menos en cierto grado,

afortunados. La construcción de significado es tarea muy difícil pero, cuando se logra al menos en parte, es muy gratificante. Es ella, en última instancia, la que vuelve inteligibles acontecimientos que, de otra suerte, permanecerían en las tinieblas de la incompreensión. Si interesa el pasado como raíz y trasfondo del presente y el futuro—en nuestro caso el pasado de los países latinoamericanos—sólo construyendo su significación será dado situarse adecuadamente en el mundo para atisbar algo de lo que puede ser el propio destino. ■